



COPI

ENTRE NOSOTROS

Incluso semánticamente el humor es, eminentemente, sajón. Los países latinos sólo en época muy reciente se han incorporado a las líneas más modernas de la especialidad. Pero, a pesar de todo, los nombres más reputados han seguido siendo los de los humoristas tradicionales, mientras los que aportaban nueva sabiduría al dibujo humorístico quedaban relegados sea a publicaciones especializadas, sea a revistas incipientes y cuya tirada era incapaz de competir con la de la «gran prensa». Por ello, la aparición en Francia de los dibujos de Copi, cuya protagonista es la inefable «mujer sentada», puede considerarse algo revolucionario en este terreno.

Los dibujos de Copi son doblemente latinos, por la nacionalidad de su autor —argentino— y por la del país donde por primera vez se han publicado, Francia. Sin embargo, nada de común con lo que estábamos acostumbrados a ver. Michel Cournot, hace

una semblanza del excepcional dibujante en estas mismas páginas. En ella se refiere a la perplejidad de muchos de sus compañeros de redacción ante la novedad —tan poco cartesiana— de los dibujos de Copi. Muchos, todavía, pretenden que se les explique el chiste. A éstos habría que responderles con la, solo aparentemente, «boutade» de Luis Buñuel a los que les preguntaban qué explicación tenía una de sus obras maestras, «El ángel exterminador»: «La única explicación de la película es que no tiene ninguna». Lo cual no quiere decir, en absoluto, que Copi o Buñuel pertenezcan a esa corriente irracionalista del arte en que han pretendido enquistarse ciertos teóricos de base reaccionaria. Copi, simplemente, por la vía de la reducción al absurdo, se convierte, sin «tesis» ni «parti-pris» previos, en un testigo de nuestro tiempo. La herencia del surrealismo no es un peso muerto, ni siquiera la clave única de sus obras, aunque esté presente como lo está en tantas manifestaciones del arte actual que han echado demasiado apresuradamente en saco roto las enseñanzas de un movimiento que, si tuvo su época de esplendor en un momento que ya no es el nuestro, no ha dejado de ser vigente —a condición de ser asimilado e integrado a tendencias posteriores— en el que vivimos, especialmente en determinadas sociedades condicionadas por unas concretas estructuras. Copi, sin duda alguna, irritará a unos y entusiasmará a otros, como ha venido haciéndolo en cuantas ocasiones sus dibujos han salido a la luz pública. Ya este efecto de revulsivo puede considerarse un factor positivo de su obra, obra a la que, por otra parte, no puede negarse una absoluta y percudente modernidad. A partir de esta semana, Copi estará entre nosotros.

COPI, inventor de la mujer sentada, nació en Buenos Aires en 1939. Su padre era diputado y director de periódico. Perón le exiló.

La familia Copi conoció días errantes, de Uruguay a París, de Río de Janeiro a Haití. El padre se hizo pintor, naturalmente de brocha gorda. En 1955 Copi volvió a la Argentina para pasar precipitadamente su examen de bachillerato. Desde los trece años Copi se consideraba el mejor dramaturgo argentino. Escribía una obra tras otra. Nadie quería representarla. Decidió probar suerte en París, a donde llegó, solo, en 1962.

En París se dio cuenta de que no hablaba francés. Para hacerse entender empezó a dibujar. Su padre le enviaba de vez en cuando un poco de dinero, pero un cambio político le obligó a refugiarse en la Embajada del Uruguay en Buenos Aires; no podía ni pasar por el banco ni enviar giro a su hijo.

Con algunos amigos, Copi empezó a pegar en un papel trozos de plástico de colores; los unía con un trazo y obtenía una mariposa, un toro o una niña. Se colocó en el puente des Arts. Los alemanes compraban regularmente la mariposa, los americanos el toro, e incluso encargaban diez para el día siguiente. Los franceses casi nunca se paraban, y cuando lo hacían removían durante un rato la colección de dibujos y por fin compraban, según Copi, el mejor.

A veces Copi se encuentra con transeúntes que le dicen: «¿no fue a usted a quien compré un dibujo a la orilla del Sena? Debería pasar por mi casa para retocarlo, los colores han perdido mucho...»

Un día Copi vendió un dibujo en la terraza del Deux Magots a un señor que lo mandó a la revista "Twenty". Estos fueron los comienzos de Copi en el dibujo impreso. Después publicó algo en un número especial de "Bizarre", que llamó la atención de Serge Lafaurie, del "Nouvel Observateur". El primer dibujo aparecido en el "Nouvel Observateur" representaba una mujer de pie. "Ocho días después la hice sentarse —dice Copi— y hasta ahora así sigue".

La madre de Copi, que ha ido a París en Navidad, le ha llevado una foto de cuando tenía dieciocho meses: en ella aparece dibujando con un grueso lápiz, un pollo redondo, bastante sencillo, exactamente igual al que Copi dibuja actualmente.

Copi dibuja todos los días, sentado, desde las dos a las cinco de la tarde. Cada media hora va a tomar un café. Vive solo. Lleva la ropa a la lavandería. No guisa.

Dibuja en hojas de papel blanco de sesenta centímetros por cuarenta, que compra en una papelería del boulevard Saint-Michel, con una plumilla y tinta china. Gasta una caja de plumas y dos frascos de tinta por día.

Además de su trabajo de romano en el "Nouvel Observateur" Copi hace dibujos animados para la emisión de televisión "Dim, Dam, Dom". Acaba de escribir un guión cinematográfico redactado, según él, en un nuevo lenguaje a caballo entre el francés y nada, y que con toda seguridad va a apasionar a los productores.

La salud de Copi es buena. En Argentina sufría de una sílceras de estómago, que desapareció como por encanto cuando desembarcó en El Havre. Lo más que puede ocurrirle es pasar por unos momentos de "spleen", del que se cura leyendo en diagonal una novela policíaca española.

Cuando Copi llevó al "Nouvel Observateur" su primer dibujo, la mitad de los miembros de la redacción montaron en cólera. "Esto no tiene sentido. ¿Qué quiere decir? No se entiende nada de nada". La otra mitad prefería la muerte antes que dejar de publicar el dibujo de Copi. La discusión se convirtió en lucha, la lucha en judo, todo ello bajo la mirada calmosa y triste de Copi, que conservaba su dibujo en la mano. Esta curiosa ceremonia se reproduce cada semana. Tranquila y sienta bien. Ya se ha hecho imprescindible. Copi se niega a tomar parte en ella. Deja su dibujo y se va, calmoso y triste, hasta el próximo judo.

MICHEL COURNOT



